

Reseña en la revista Viveka, en el camino del discernimiento, por Ángel García Galiano (Profesor de Teoría de la literatura de la Universidad Complutense de Madrid).

Con este libro, *Niebla roja*, asistimos a la puesta de largo de una nueva editorial, que ha dado en llamarse Dhyana Arte. Dhyana, en sánscrito, significa meditación, pero no como tradicionalmente entendemos en occidente esta palabra, en el sentido de reflexionar sobre un tema, sino apuntando a ese estado último de conciencia en que sujeto y objeto se unifican en el acto mismo de la cognición, en que observador y observado no son dos, ese estado unitotal en que la amada se transforma en el amado, en que los treinta pájaros de la fábula de Attar se reflejan y se saben el Simurgh, ese vórtice o *alpeh* ilimitado en que todas las cosas se contemplan simultáneamente aunque su relato haya necesariamente de ser sucesivo; dicho con los versos de Juan de la Cruz, ese estado sin tiempo en que “cesó todo y dejeme, dejando mi cuidado entre las azucenas olvidado”.

No dualidad a la que sin duda también aspira el arte, la palabra en trance de poesía, el lenguaje de la imaginación, el idioma de los ángeles que era el que, según Virgilio en la *Comedia*, hablaba Beatrice, idioma intuitivo, sin mediaciones verbales en el que ser, conocer y nombrar eran, son, no más que tres facultades matizadamente diferentes de una misma esencia no dual que llamamos conciencia. Ser, conocer y nombrar, nombrar amando, esa palabra luz, o *logos* que, según el evangelio de Juan, se apareció a las tinieblas pero estas, niebla roja, no la reconocieron.

¿Por qué las tinieblas no pueden reconocer a la luz, y a la vez, por qué nadie enciende una vela para meterla debajo de un celemín?, como se dijo en nuestra tradición. Una aparente contradicción, una gran paradoja que Armando Molina ha intentado desentrañar de la mejor manera posible, no con el entendimiento abstracto y conceptual del ensayista, sino con el lenguaje aleve, grácil y suspendido del poeta. No con el discurso erudito, sino con la gracia del lenguaje de la imaginación. Porque de imaginación va su novela.

Y si, como apunta Platón, fueran verdad las palabras de Eurípides, cuando en una de sus tragedias afirma: ¿no será que estamos muertos, y que esos que llamamos los difuntos son los verdaderos vivientes? ¿Y si el mito de la caverna no fuera una simple metáfora, sino una casi literal realidad de cómo funciona la mente individual y la organización colectiva de lo humano, amarrados los hombres a sus proyecciones, midiendo sombras, tildando de locos a los que intuyen que más allá de la antorcha y su reflejo hay una salida de la cueva y más allá aún una luz infinita que ilumina y es la verdadera realidad? ¿Y si de verdad viviéramos en el espejismo de la niebla roja, midiendo sombras? *Maya* en sánscrito, por cierto, significa exactamente eso, medida. ¿Y si no hubiera tal serpiente, por decirlo a la manera tradicional, sino una pobre sogá?

Armando Molina sabe que nadie ve la realidad como es, sino como somos. Y sabe también que hay muchos mundos y muchos planos de realidad, sabe que el hombre es un animal ignorante e inseguro cuyos miedos y deseos le han impelido a construir todo este universo de símbolos, instituciones, mecanismos acaso necesarios de seguridad si se camina en medio de la niebla, en la oscuridad del pozo, empalizadas con las que segregarse y defenderse de lo que ya sólo se percibe como el otro, como lo otro. Empezando por el mismo lenguaje, ya no el directo e intuitivo de los ángeles, sino el histórico y analítico basado en la memoria y en los juicios, ese que para definir cualquier cosa mezcla memoria y deseo, ese que ya no ve sino que proyecta sobre el objeto su pre-juicio, ese que elucubra sobre qué habrá en lo alto de la montaña en vez de intentar escalarla, ese que juzga a los otros de bárbaros y malvados porque no hablan

nuestra lengua, no creen en nuestros dioses o no llevan nuestros sombreros, el lenguaje del miedo, la lengua del destierro.

Para hablar de todo ello, vivencias muy profundas fruto, no me cabe la menor duda, de una gran asiduidad y cercanía con las esferas más sutiles y luminosas de lo humano, Armando Molina ha inventado esta fábula deliciosa a caballo entre la tierra y el planeta de los numis, esos seres delicados, feéricos, cuyas vicisitudes tanto nos recuerdan, acrisoladas y adobadas con un estupendo sentido del humor, fruto de una honda mirada compasiva, a la propia historia de la humanidad.

En Occidente hablamos de culpa, de caída, en Oriente prefieren apelar a la original ignorancia para explicar el desorden y la inconsciencia egocentratada en que vegeta buena parte de la humanidad. Ignoro si el autor ha vivido entre los numis, en ese planeta Num con dos lunas, eterno arcoiris, matizado por prados de verduras de flores esmaltados, en que la vida no pesa, no se piensa, sino que todo es grácil, gratuito, leve, flotante, nada que ver con la pesadumbre mineral de acá abajo: Seguramente; pero lo que sí sé es que Armando Molina ha saboreado las enseñanzas de los *munis*, de los *jnanis*, de los gnósticos, de los iniciados, de los sabios de todas las tradiciones, cuando explican el porqué de tanta ignorancia, de tanta pesadumbre: esa Niebla roja, metafórica, o no tanto, con que Armando ejemplifica la manera en que los humanos, o los numis caídos de su bella parábola, olvidan su origen y, por miedo, se identifican con los pensamientos, sobre todo con el más básico: el deseo, la apetencia de fruto, el apego a las acciones, la creencia de que este cuerpo-mente tiene albedrío cuando sólo es movido por una marea de pasiones y pensamientos comunes, a partir de los cuales, por ley estricta de la necesidad, se empiezan a construir las barreras, las fronteras, a trazar los límites, se principia, indefectiblemente, a vivir en la precariedad y en la muerte. Vivir en la muerte, cuando lo real, lo lógico, lo lumínico, sería morir en la vida, en la falsa vida de maya, de la caverna, quiero decir.

Sin embargo, como en el mito de Platón, se puede salir de la caverna, se puede escalar la montaña, para ello solo hay que seguir, una vez más, las indicaciones del frontispicio de Delfos, “conócete a ti mismo”, vale decir: ¿eres de verdad ese cúmulo aterido de pensamientos, de protecciones, de recuerdos, de culpas, de proyecciones, ese altibajo de euforia y desencanto? Kiti se salva y logra rescatar a Lira porque aprende a observarse instante a instante y descubre así, o re-conoce, que no es sus pensamientos, ese grumo neblinoso y rojizo, impermanente, de miedos y deseos, sino que estos, sombras informes, fantasmas en su acepción más literal y etimológica, lo usan a él, parásitos, como receptáculo en el que y del que alimentar su famélica inexistencia.

Para lograr todo esto, para evidenciarlo artísticamente, Armando Molina ha tejido una deliciosa fábula en la mejor estela de los grandes nombres con los que se puede acaso entroncar, M. Ende, Lewis Carroll, el C.S. Lewis de las *Crónicas de Narnia* y de las *Cartas del diablo a su sobrino* o el admirable Sánchez Ferlosio de *Alfanhui*, pero con una diferencia a su favor, a todos ellos aventaja, acaso no en retórica narrativa, pero sí en mirada honda, en luz interior y en sabiduría sobre el acontecer de lo humano.

Los iniciados en los grandes y pequeños misterios de Eleusis estaban obligados a guardar voto de Silencio, pero como Armando sabe que solo quien lleva ya la luz encendida en su interior puede reconocerla fuera, por ejemplo en una novela como esta, por eso ha decidido quebrantar ese voto y escribirla. Gracias.